

En voz alta

Juan Farias

Me llamo Juan y solo soy marinero.

No me pidáis sabiduría.

Puedo hablaros de los caminos, de las gentes, de las horas que me tocó vivir.

Mi universidad fue compartir, andar mundo y mis soledades.

He escrito algo, he leído un poco y he escuchado mucho.

Puedo hablar de electos de luz, de impresiones, de lo que acepta o rechaza mi intimidad.

Esto, a la hora de las ambiciones, me hace desear ser un hámster de laboratorio, un ratoncillo de orejas desabrochadas, para que un doctor en literaturas, observe mis reacciones y anote, entre otras cosas: «El individuo en cuestión tiene el Complejo de Peter Pan».

La literatura es mi forma de vivir, un universo en el que me sé libre, que a veces, por precio de la libertad, se me hace doloroso, por gracia de la libertad me lleva a soñar con un beso.

Y no hablo solo de libros, de autores de libros, de contadores de historias, de filósofos y poetas.

Ellos solo son parte de la fiesta que es universal y fantástica.

Somos seis hermanos que tuvieron un padre mágico.

Él fue quien nos enseñó a correr bajo la lluvia, a trepar a los cerezos, enredarnos entre las olas.

Mi padre, al caer la noche, sentado en el suelo, entre las seis camas, sabía asustar al miedo, atraer al sueño, inventándose un cuento de la cosa más leve, del ruido del silencio o del canto de una alondra.

Mi padre, en el contar y en el vivir, era literatura.

Con el paso de los años, llegué a las lecturas en la intimidad, a la sombra de los robles, o a la orilla del mar.

Al principio aceptaba lo leído tal y como me era dado.

Pero, poco a poco, empecé a hacerme preguntas, a estar o no estar de acuerdo con lo que se me contaba.

¿Por qué en vez de aplaudir me irrito cuando el paladín mata al dragón verde y quizá ejemplar único? ¿Por qué el paladín no le rasca la papada al dragón hasta que el dragón baile la cola?

¿Por qué todos se empeñan en salvar a Blancanieves, que es feliz y canta mientras trabaja, y nadie se ocupa de la perdedora, la madrastra, insegura, amargada hasta el punto de odiar tanto?

Me doy cuenta de que leer nos es una acción independiente, que se lee desde los propios sentimientos, desde las íntimas capacidades del alma.

Leo la vida y los libros, y en los libros y en la vida, hay párrafos que se me hacen dolorosos, otros atraen a la ternura, algunos son una fiesta.

Y todo se va enraizando en la memoria, se hace parte de mí.
Aprendo a leer, a mi manera, tiempo arriba, y juzgo en la medida en que me afecta lo que leo, ya sean libros, horas o miradas.
Sin proponérmelo, empiezo a vivir en la literatura.
La literatura, como disciplina académica no despierta mi interés.
El análisis, las conclusiones, pueden parecerme originales, pero nunca definitivas.
En literatura no hay nada definitivo.
La literatura, en lo que a mí respecta, es un universo en expansión, un caos en los espacios abiertos.
Si lo ordenamos, no será literatura.
A la literatura, como a la mar, hay que entrar desnudo, desarmado, a recibirla contra la piel del alma, corriendo el riesgo de ser maltratado por la ola o tener la fortuna que la ola te deje suavemente, en la arena, al Sol.

La literatura escrita, o cantada, suele ir más allá de la intención del autor.
Su efecto depende del estado de ánimo, la edad, las circunstancias de quien lee.

*...pero es macabro ver el árbol de la horca,
con su raíz mordida por la víbora*

No es lo mismo leer la *Balada de la cárcel*, de Reading, sentado en un parque, un día amable, echándole palomitas de maíz a las palomas, que en el pabellón de la muerte de cualquier cárcel, mientras el condenado cuenta los minutos que le quedan.

Para mí, la literatura no es saber quién dejó escrito:

*Olvidado de las máscaras que he sido,
seré en la muerte mi total olvido*

Para mí, literatura es saber por qué lo escribió, qué sentía y, sobre todo, qué me hace sentir a mí.
En estos versos de Borges, siento la amargura que los hizo germinar y por eso no puedo leerlos como el brindis desenfadado de un cínico que prepara su epitafio.
Los leo con tristeza porque alguna vez sentí la soledad.

Una cadencia maravillosa, un maravilloso ruego:

*No jures por la Luna,
la inconstante Luna...*

no producirá el mismo efecto en un amante seguro de sí mismo, que en una asustadiza alondra que teme por la sinceridad del amor que se le confiesa, el amor, esa cosa tan leve como el viento, como el viento tan necesaria para navegar la vida.

Quien no sabe leer, quien solo recita de memoria sin hacer suyo lo que ha leído, quien cree que literatura es identificar a Gregorio Samsa en un catálogo de cucarachas, quien solo se alimenta de emociones ajenas, ha perdido las horas y aun cuando pueda pasar por culto y llegue a creérselo, aun cuando se afirme en la banalidad de creerse culto y aplaudido, en su morral, años arriba, encontrará un vacío.

Quien no sabe leer (y no hablo de descifrar los signos y deglutir ideas), pierde la oportunidad de enfrentarse, con sus dudas, a Sócrates (pongo por caso), caerá, sí, en la simpleza de citarlo, puede que incluso se sienta erudito, pero será un reflejo sin ideas propias, poco más que un catálogo, no tendrá un contacto real con la humanidad del filósofo que aún tiene tanto que decir, no podrá ayudarla a evolucionar, no podrá contribuir ni siquiera haciendo el ridículo que también es una forma de volar.

Leer no es fácil.

Cuando se lee, ha de hacerse a tumba abierta, para que se abran los espacios, los tiempos y los sentidos.

Hay que leer aun a riesgo de destruir o ser destruido.

Nadie que sepa leer, puede afirmar que saldrá ileso cuando su intimidad sea invadida por la intimidad de otro.

Esas consecuencias son la literatura.

Leer en libertad es humanizar, abrir caminos al alma.

Y el alma es lo que pesa, lo de más son economías.

La literatura, la poesía, la palabra, es todo lo que tenemos para sobrevivir.

La literatura, la poesía, la palabra, está en el origen y nos acompañará hasta el fin.

Si algún día ocurre un cataclismo y todo se borra de la tierra, con que solo queden dos hombres, y un atardecer se encuentren en el camino, uno le contará al otro cómo logró cruzar las montañas y en ese punto, antes que la sociedad, empezará la literatura.

Corren malos tiempos, dicen.

Dicen que predomina lo fácil, que cada vez quedan menos lectores de raza, y que la raza de los escritores se debilita.

Dicen, pero yo no tengo la certeza que aun cuando tengamos que pasar por las catacumbas de un Fahrenheit 451, nunca se hará el silencio.

Gilgamesh seguirá pasándole sus sueños al Capitán de las Estrellas mientras un chico y una chica, cogidos de la mano, paseando la playa, al nacer el día, recuperan, sin darse cuenta, los suspiros de Petrarca.

La literatura no va a morir, no sabría cómo hacerlo.

Pero, por nuestra parte, no sería de buenos paladines, ni siquiera sensato, que cargando las culpas sobre un presente rápido y tantas veces banal, dejásemos que una generación, dos, tres generaciones, perdiesen la libertad.

Aquí, en este punto, en esta hora, es donde debe entrar la literatura infantil, la Brigada Ligera, a presentar batalla.

La literatura infantil, tantas veces sorprendente, tantas veces maltratada por gentes que le deben tanto como yo o más, mucho más, y que ahora creen tenerla olvidada, es imprescindible para un futuro deseable, para un mundo donde aun se pueda cabalgar sobre un sueño, sobre un sueño subir a las estrellas o buscar la aventura en el corazón de lo diminuto.

Un niño es algo muy serio, quizá lo más serio.

Un niño es siempre la esperanza de una revolución inteligente.

Se me hace que un hombre que deja de ser niño, no será nunca hombre, y menos aún un héroe.

Y el Mundo, sin héroes, además de resultar aburrido, no irá a ninguna parte.

Enseñad a leer, os lo ruego.

Un niño que sabe leer, siempre querrá ir más lejos, más adentro por el pensamiento y las geografías.

Tengo la certeza de que la historia, el progreso, la esperanza, le deben casi todo a los sueños.

En Noruega, un niño leyó aventuras, geografías y presentimientos.

Un día, cuando ya era un niño de treinta o más años, se fue a buscar el corazón de los Polos, esos puntos mágicos donde los rumbos se suman en una sola cifra y en todas.

Después, como aún era niño y podía ser héroe, vino a encontrar su final acudiendo en ayuda de un amigo.

Murió entre los hielos con los que soñó siempre.

De haber sido un adulto, se hubiera quedado encogido al calor de su cuenta corriente, eso que nunca quita el miedo y no deja volar.

Y como Amundsen, tantos y tantos.

Un niño que ha trepado con Pedro por la Mata de Habichuelas para según su ánimo estar de acuerdo con Pedro o con el Gigante, no podrá enfrentarse al juvenil y apasionado Ovidio, se tragará las enseñanzas del Quijote que quieran darle por buenas, no será capaz de tomar partido entre Montescos y Capuletos, será incapaz de leer el tiempo que le tocó vivir, será dominado por el discurso del demagogo, la artimaña del publicista, el énfasis del intolerante y cualquiera de tantas plagas que amarran a tantos en beneficio de unos pocos.

Preguntadle a un niño, a un adolescente, quién es, no quién fue, quién es John Silver el Largo y si no tenéis respuesta, entristeceos.

Un niño que no lee, que no sabe leer, se quedará sin un montón de amigos, crecerá con un vocabulario pobre, se comunicará mal, su geografía estará limitada, su tiempo no tendrá puntos de fuga hacia lo que fue o lo que pueda ser, no conocerá más que aquellos lugares, aquellas horas en las que haya puesto sus zapatos, será, por falta de imaginaciones, un hombre incompleto.

Incluso a la hora de creer en un dios, su dios no será poeta.

Leer, contribuir así al universo literario, nunca ha sido fácil.

Es un camino largo, con un principio de ingenuos asombros que después se irá abriendo poco a poco, sin prisas, sin que nunca sea una disciplina, siendo siempre una sensación lúdica, porque de otra forma no llegará a ser un vicio profundo.

Los buenos capitanes no se rinden a la mar.

Sois buenos capitanes.

Haced lectores para que ese viento reviente a la calma y podamos seguir al rumbo que más nos plazca, que siempre será bueno.

Para hacer lectores, lo primero es olvidarse de la producción en cadena.

Igual que en los viejos alfares, solo se puede trabajar pieza a pieza.

Quien se dedique a esto, tiene que saber el barro que toca en cada ocasión, leed a los muchachos, sus formas particulares de mirar y pedir, sus disimulos.

Así, sin pudor alguno, al que sepa enamorado le pondrá en las manos las Rimas de Bécquer, para que sume suspiros a sus suspiros,

le ofrecerá san Juan de la Cruz a quien presienta místico,

al que sueñe con la mar le dará la mar de Lord Jim,

al que sepa que disfruta con el miedo, lo dejará con el miedo de Poe, para que oiga latir su propio corazón,

y al que le guste disparatar le dará el gusto de disparatar por la disparatada lógica de Carroll.

El secreto para pescar está en los cebos y saber escoger el momento oportuno.

Leer, participar, es hacer literatura.

Enseñad a leer, por favor, enseñad a leer en los libros, en el viento, en los charcos de un día de lluvia, en el bosque y en la luz, enseñad a leer, os lo ruego, para que nadie crezca hasta la edad de la avaricia y el desamor.

La literatura infantil, sin trabas didácticas, la literatura juvenil, libre, río abajo, en una balsa, con Jim, o en La Española, navegando al Oeste, es el principio de algo más real que la educación.

La educación es una variable que baila según los tiempos que corren.

La literatura está en la cultura de la libertad y la libertad es sentirse hombre y parte, poder soñar, llegar a admitir que estamos hechos de la materia de los sueños.

Cuando era más joven creía saber un montón de cosas.

Me atrevía incluso a definir la literatura y a juzgarla.

Ahora, ya en las últimas vueltas del camino, solo puedo decir: esto pienso que es, esta es mi opinión, este es mi deseo.

(Publicado en VV. AA., *Hablemos de leer*. Madrid: Anaya, 2002, pp. 67-76).